

Agradecimiento

Gratefulness

José María VALLEJO GARCÍA-HEVIA

Catedrático de Historia del Derecho

Universidad de Castilla-La Mancha

JoseMaria.Vallejo@uclm.es

Me sumo al merecido homenaje que, desde *su* Departamento de Historia del Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, se hace a Isabel de Grandes, secretaria, en él, desde hace casi cuarenta años, o lo que es lo mismo, y literalmente, *de toda la vida*. Porque *vida*, la suya, es la que ha consagrado a nuestra disciplina, y a todos los que, durante más o menos tiempo –cinco años, en mi caso, de junio de 1998 a septiembre de 2003–, hemos estado o pasado a su vera. Y *vida*, cotidiana, la que nos ha infundido a los que acudíamos, también todos, a su pequeño, y coque-to, despacho, de hermosas y dilatadas vistas a las estribaciones del Guadarrama, con sus discretas plantas, a las que vivificaba el eviterno humo de tabaco de una fumadora placentera, combatiente y confesa. Porque confesos, y no sé si absueltos la mayor parte de las veces, claro que éramos todos los del Departamento, que de ella recibíamos instrucciones, advertencias, aclaraciones y órdenes. Pocas personas he conocido que sepan mejor mandar que Isabel, con un subrayado, envidiable, sentido común, contundente claridad y un inefable halo que hacía sentir que lo que estaba mandando, gustase o no, era lo que entendía ser el bien general, y también, en muchas ocasiones, el individual o personal.

Cuando, tras la peregrinación por el interminable pasillo de la *Séptima*, una vez apeado de los ascensores, se alcanzaba el *Pórtico de la Gloria*, bien visible, sobre todo los días de sol, por las volutas que escapaban del *botafumeiro*, que, imparable, volaba de la mano a los labios de Isabel, uno sabía que la jornada comenzaba, y, enterado por ella de las novedades del día, nos podíamos retirar, más tranquilos, a nuestros puestos en la *plaza del Obradoiro*, aquellos despachos tan vapuleados por el paso del tiempo, a trabajar, leer y escribir, todas ellas actividades secundarias o, digamos, complementarias, de lo principal, la navegación de aquel navío cuya sala de máquinas acabábamos de dejar. Porque, en la *Séptima* se podía ser capitán, oficial, contraestre, marinero, o grumete como era mi caso, mas de lo que nadie dudaba es que el timón lo sostenía, y acariciaba, Isabel. Su tiempo, el que ella nos infundía, enérgica pero sosegada, directa y franca, dura en ocasiones, si era preciso, aunque también delicada y prudente en muchas otras, cariñosa sin embeleco, fue el de las campanas, no el de las sirenas, y menos aún el compulsivo, y esterilizante,

parpadeo invasivo de pantallas de ordenador y politonos de teléfonos móviles, violadores de cualquier intimidad, de hoy en día, de eso que algunos llaman postmodernidad. Alegre y facunda, de risa fácil, ojos vivos y escrutadores, Isabel ha sido, y es, por fortuna, un personaje que merecería la pluma de un Galdós, un Baroja o un Josep Pla. Gustaba de hablar, pero más, todavía, de escuchar, y eso le hacía más fuerte, más verdadera, más grata. Estaba muy atenta a las publicaciones de la asig-natura, especialmente de quienes más apreciaba, quería o trataba, haciéndola suya como una especie de herencia de Alfonso García-Gallo, bajo cuyos auspicios, sien-do muy joven, había llegado, y tomado posesión de ella. Su carácter tímido, que le hacía parecer adusta a veces, no era más que una coraza, la de los tiernos que se saben tales.

Si su recuerdo es para mí imborrable, mi agradecimiento lo es, por encima de todo, por algo que explica la trascendencia, otra vez literalmente *vital* que, para muchos, supuso el conocerla. Acogido yo en el despacho, el 728, de Emilio de la Cruz Aguilar, sin embargo, no estaba, con él, el día, del mes de diciembre del año 2000, que sufrió, por la noche, un derrame cerebral, y, a la mañana siguiente, se fue a la Ciudad Universitaria, desde su casa entre Pozuelo y Aravaca, conduciendo, milagrosamente, su coche, y entró, como si nada pasase, en el despacho. Sólo Isabel advirtió que algo extraño pasaba. Se interesaba y quería a los que le rodeaban, y, con mando en plaza, consiguió a la fuerza meter a Emilio, tan arriscadamente refractario a tales cosas, a molestar o a protagonizar algo, en el coche de Emilio de Benito, e ingresarlo en un hospital. Seguramente le salvó la vida, o al menos muchas de sus funciones cerebrales, y de la salud que, actualmente, *Deo gratias*, goza. No lo olvi-do, querida Isabel. Si yo hubiese estado allí, dudo de que hubiese sido capaz de lo que tú sí fuiste, con tu ascendiente ganado, obra de la amistad y la lealtad, y que has sabido tan bien esgrimir. Que Dios te lo pague. Una expresión ésta que me doy cuenta, ahora, mientras la estoy escribiendo, que no es ya de corriente y coloquial inter-cambio. Los tiempos cambian, e igualmente los usos y modos sociales, políticos, culturales y, cómo no, también los universitarios. Haces bien, desde luego, en jubilar-te, cuando se está yendo, quizá para siempre, irreversiblemente, la Universidad que tú quisiste encarnar. Contigo se va una parte de ella, testigo vivo y memoria inaprensible que asimismo eres, lo que lamentamos los que, de momento –*universi-tas et convivium semper fugiunt*–, en ella, esclavos y devotos de una vocación, toda-vía logramos permanecer.